

AVENTURA EN LA PLAZA: ÉLIGE TU DESTINO



Introducción

"El sol brilla sobre la arena dorada de la plaza de toros. Los tendidos están llenos, el público murmura expectante, y en el callejón, el bullicio de los toreros y cuadrillas marca el ritmo del festejo, pero esta historia no comienza aquí, en la plaza, con la emoción de los instantes previos al paseíllo. Todo empezó mucho antes, desde la mañana del festejo, cuando el día se despertó con el cosquilleo de una jornada que quedará marcada en la memoria.





UN DÍA EN LA VIDA DE UN TORERO: DESDE EL AMANECECER HASTA LA NOCHE

LA MAÑANA DEL FESTEJO

Hoy no es un día cualquiera. Hoy toreo. El sol aún no ha salido del todo cuando abro los ojos. No necesito despertador, la emoción de la cita ha hecho que me despierte antes de tiempo. El estómago está encogido, la mente empieza a repasar la faena incluso antes de poner los pies en el suelo.

Desde la ventana del hotel veo la ciudad despertarse lentamente. Algunos aficionados ya caminan con sus pañuelos anudados al cuello y los periódicos bajo el brazo. Ellos también sienten que hoy es un día grande.

Me visto con ropa cómoda y bajo a desayunar con la cuadrilla. La conversación es tranquila, pero hay un aire de concentración. No se come mucho en días como este, los nervios no dejan demasiado espacio para el apetito.

A media mañana nos dirigimos a la plaza para el sorteo de los toros. Es uno de los momentos más importantes del día. En un patio de arena, rodeados de burladeros y con las corraletas al fondo, junto con los mayores y los demás toreros y sus cuadrillas se sacan las papeletas que dirán qué toro le toca a cada torero. ¿Cuál será mi toro? Me toca un toro serio, con buenas hechuras. Parece bravo.

Junto con mi apoderado, vamos a verlo otra vez a los corrales. Observo cómo se mueve, cómo mira. Intento imaginar cómo será la faena, cómo embestirá, si tendrá recorrido, si querrá pelea o si me lo pondrá difícil.



LAS HORAS PREVIAS: CONCENTRACIÓN Y RITUALES

Después del sorteo volvemos al hotel. El reloj avanza lento y rápido al mismo tiempo. Es un momento de calma antes de la tormenta.

Me tumbo un rato, no me apetece comer, cierro los ojos e imagino la tarde. Visualizo cada pase, cada momento, cada gesto.

Llaman a la puerta, es el mozo de espadas, llego la hora, me ayuda a vestirme y empiezo a sentir en mi cuerpo el traje de luces, es ajustado, brillante, pesado. Cada botón, cada pliegue, cada bordado tiene un significado. Me miro en el espejo y me siento mas torero que nunca.

Antes de salir, me arrodillo en mi capilla, hago una oración. Pido fuerza, claridad y que nos respeten los toros a todos los que vamos a hacer el paseíllo.

Llega la hora. La furgoneta nos lleva a la plaza, en el camino se nota la tensión y la esperanza de que todo va a salir bien. Al bajarme el bullicio de los aficionados me golpea como un torrente, son las cinco de la tarde, la plaza comienza a llenarse.

Los aficionados ya ocupan los tendidos, las banderas ondean, los clarines y timbales ensayan los pasodobles. Nosotros, los toreros, vamos llegando poco a poco.

El clarín suena en la plaza. Es el momento. Mis banderilleros me ayudan a liarme el capote de paseo, cojo aire, ya estoy deseando que salga el toro.

LA CORRIDA: EL PASEÍLLO, LA FAENA Y EL TRIUNFO O EL APRENDIZAJE

La banda de música empieza a tocar y salimos al ruedo en el paseíllo. Es un momento solemne.

Caminamos rectos, con la mirada al frente, sintiendo el peso de la responsabilidad. La plaza está llena, miles de ojos nos observan.

Sale mi toro. Es imponente, serio, poderoso. La plaza queda en silencio. Mi corazón late fuerte, pero la mente está fría.

Primero, lo recibo con el capote. Es mi primer contacto con él. Lo toreo con suavidad para entender cómo embiste, qué ritmo tiene, si humilla o si levanta la cabeza.

Llega el turno de los picadores y banderilleros. El toro va creciendo en la faena. Se mueve con alegría, tiene transmisión. Es un buen toro.

Ahora llega mi momento con la muleta.

Lo cito con la mano baja. Embiste con clase, humilla, sigue la muleta con entrega. La faena fluye. En cada pase siento que todo encaja, que hay verdad, que hay emoción.

Después de varias tandas profundas y templadas, en las que he podido sentir cómo nos hemos entendido a la perfección, llega la hora de la verdad. Tomo la espada y me concentro.

Me perfilo. Cargo la suerte.

Me tiro sobre el morrillo con todo, con el alma. La espada entra hasta la empuñadura.

El toro rueda. La plaza estalla en una ovación de reconocimiento tanto para el toro como para mí, empiezan a salir pañuelos blancos pidiendo las orejas, el presidente las concede y tras una vuelta al ruedo sintiendo el calor y cariño de toda la plaza, me sacan a hombros sintiendo que todo el esfuerzo ha merecido la pena.

DESPUÉS DE LA CORRIDA: EMOCIONES Y REFLEXIÓN

La vuelta al hotel es tranquila. Ha sido una tarde de emociones fuertes.

Me quito el traje de luces con calma. El cuerpo está agotado, pero la mente sigue en la plaza. Cansado, pero feliz. El traje de luces ha hecho su trabajo y yo he sentido el toreo en su máxima expresión.

Cenamos con la cuadrilla. Repasamos cada momento, cada pase, cada sensación, El toreo es así, unas veces se triunfa, otras se aprenden.

Antes de acostarme, miro el traje de luces doblado sobre la silla. Mañana será otro día, otra plaza, otro toro.

Me meto en la cama, cierro los ojos y duermo con un pensamiento claro: Soy torero.

"Esta es la historia de un día en la vida de un torero. Desde la mañana hasta la noche, cada instante está lleno de emociones, de responsabilidad y de sueños cumplidos. Pero mañana, otro toro espera, otra plaza abre sus puertas y otra faena está por escribirse. Porque el toreo es un camino sin final, donde cada tarde es única y cada faena es irrepetible."

F

